

*Más Luz en
Cuanto a
1ra. Corintios
14:26.*

© 2016 EDICIONES LUCAS

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida ni transmitida por ningún medio – gráfico, electrónico o mecánico, lo cual incluye fotocopiado, grabación y sistemas informáticos –sin el consentimiento escrito del editor.

Todas las citas bíblicas escritas y referenciadas han sido tomadas de la Versión Reina-Valera 1960. En cuanto a otras citas aclaramos la Versión de la Biblia de donde han sido tomadas.

Primera edición: octubre 2016

Escrito y editado por: Josué Galán y Wendy Cubías

Cualquier pedido o comentario hágalo a la siguiente dirección:

josuegalan@hotmail.com
www.vidadeiglesia.org
vidadeiglesiaorg.blogspot.com
asesalegal@gmail.com

EL-011016-011

Más luz en cuanto a 1ra. Corintios 14:26

En esta ocasión vamos a repasar algunos detalles que nos dice La Escritura acerca de las reuniones. Muchas de las cosas que vamos a estudiar ya las hemos visto antes, pero tiempo atrás cuando las vimos estábamos tan absortos en el proceso de abandonar la manera antigua de hacer las reuniones, que no asimilamos bien muchas de las cosas nuevas que estábamos aprendiendo. Por lo tanto, trataremos de refrescarlas y avanzar con más claridad en estas cosas.

Es necesario que sigamos depurando nuestras mentes de los formalismos religiosos que sólo satisfacen nuestro falso “yo”. Muchas cosas que la Iglesia practica hoy en día, no son más que

S
E
M
A
N
A
-
1
-
2
5
/
1
0
/
1
6

inventos humanos con los cuáles se trata de llenar la conciencia religiosa de los feligreses. Por años aprendimos a amar las posiciones, los nombramientos, las conglomeraciones, los ambientes, etc. y creímos que esos factores determinaban la Presencia de Dios. Debemos tener cuidado con los conceptos religiosos; a veces podemos decir que la reunión estuvo bien bendecida solo porque el local se llenó más de lo normal, y por otro lado, muchas veces perdemos la bendición que el Señor ha preparado, porque nos sugestionamos al ver que sólo asistió un grupo pequeño de hermanos a la reunión.

La vida de la Iglesia necesita una edificación orgánica. Nosotros podemos entrar en crisis a raíz de no edificarnos orgánicamente, y es más, la carencia de esto puede llegar a agudizarse al punto de ver aniquiladas nuestras iglesias locales. Cuando nos disponemos a vivir de manera orgánica, la vida natural nos enseña que sólo hay dos alternativas, o crecemos o morimos. Si nosotros comparamos un mueble con un ser vivo, nos damos cuenta que un mueble puede quedarse encerrado en una habitación durante años, y muy

probablemente al tiempo que lo queramos usar, lo único que tengamos que hacer es quitarle la acumulación de polvo. Pero si hacemos el experimento con una planta, que es un ser vivo, la planta estará totalmente muerta en unos cuantos días. Mientras que el mueble sólo acumula polvo, la planta se muere. La Vida tiene estas dos tendencias, o florece, o se muere. Todo lo que tiene vida, tarde o temprano tendrá tomará una de estas dos vías, y es más, todo lo que tiene Vida, un día habrá de morir.

Ahora que hemos tomado la decisión de caminar como Iglesias orgánicas, es necesario que vayamos en pos de lo orgánico. No es lo mismo que un niño tenga un perrito de peluche a que tenga un perro vivo, se podrán parecer, pero la diferencia de naturaleza es abismal. El niño puede dejar el perrito de peluche tirado cuando quiera y donde quiera, no podrá hacer lo mismo con el perrito vivo. Nosotros tampoco podemos seguir viendo a la Iglesia como una organización, sino como un organismo viviente. Ahora que estamos dejando la institucionalidad eclesiástica, tenemos que buscar la manera

acertada y adecuada para que nos nutramos y nos desarrollemos orgánicamente según el diseño de Dios.

Si nosotros seguimos asistiendo a nuestras reuniones de Iglesia, a la manera evangélica, tarde o temprano sucederán dos cosas: O seguimos siendo religiosos “evangélicos”, o bien, terminaremos destruyéndonos mutuamente. Tenemos que discernir lo que es Iglesia, a lo que pueden ser otras actividades, o lazos de amistad (que tampoco es pecado que existan) pero que no son la manera adecuada para que nos desarrollemos como iglesias orgánicas. Por ejemplo, a todos nos gusta salir a comer a algún restaurante de vez en cuando, pero sabemos que no podemos tener esa modalidad en cada tiempo de comida. Igualmente es en lo espiritual, podemos tener muchas actividades, pero ninguna de ellas debe sustituir a las reuniones de edificación de la Iglesia.

Por ejemplo, en algunas iglesias hay muchos músicos, y si no hay muchos, podemos decir que hay algunos que tocan instrumentos, en comparación a otras

localidades donde no hay ninguno. No es malo que haya músicos y hermanos que canten, y que además, ministren su don en las reuniones de Iglesia; lo malo es basar todas las reuniones en la música y el canto, y si así continúan, tarde o temprano terminarán muertos. Si queremos tener verdaderas reuniones de Iglesia y alcanzar la medida del varón perfecto, lo que debemos procurar es reuniones donde se de la edificación mutua, y no cosas místicas que satisfagan nuestros sentimientos. No caigamos nuevamente en el error de donde salimos, procuremos encontrar lo orgánico, sino solamente habremos cambiado formatos. Hay una manera bíblica de cómo el Señor quiere que nos nutramos, y que así crezcamos.

Todos debemos saber que la base de la edificación de la Iglesia depende de la nutrición que pueda darse en las reuniones. Si nuestras reuniones son acorde a la Oikonomia de Dios, habrá edificación. Ahora bien, entendamos que en la Oikonomia de Dios, la nutrición no depende de cosas físicas como el local de reuniones, el tipo de sillas que usemos, la cantidad de músicos, la estereofónica voz

del predicador, etc. pues, si así fuera qué pasaría con las Iglesias pequeñas. El Evangelio del Nuevo Pacto está diseñado para que dos o tres hermanos, se reúnan en el Nombre del Señor y se edifiquen mutuamente.

La intención principal en las reuniones de Iglesia debe ser alcanzar la nutrición. Si nos reunimos en un sentido de amistad, tarde o temprano eso será perjudicial para la Iglesia. No estamos diciendo que la amistad dentro del Cuerpo de Cristo sea mala, pero al reunirnos como Iglesia, no debe ser ese el vínculo que nos motive a estar juntos. Procuremos vitalizar orgánicamente nuestra Iglesia local; esto se logra cuando todos los miembros de la localidad aportan lo que tienen de Dios para que todos crezcan en Él que es la Cabeza. Si la Iglesia es un ser vivo, debe nutrirse, debe alimentarse para poder crecer, y es responsabilidad de cada miembro aportar para ese fin.

Las Iglesias “denominacionales” no se percatan de la muerte espiritual que los alcanza porque sus liturgias y sus múltiples actividades no les permiten ver

su condición; ellos pueden pasar muchos años sin la Vida del Señor sin darse cuenta de su mortífera condición. En nuestro caso, si no ponemos atención y dedicación a la Vida, el fracaso será inminente, pues, ya hemos desechado las estructuras religiosas que nos hacen guardar la apariencia.

A través de 1 Corintios 14:26 podemos encontrar muchas cosas que nos han de ser útiles para crecer en la Vida orgánica que Dios ha dispuesto para esta era del Nuevo Pacto. Vamos a ver algunas cosas básicas para que tengamos reuniones nutricionales, a través de lo que escribió el Apóstol Pablo en la primera carta a los Corintios.

Leamos el siguiente verso de la Biblia, visto en dos traducciones distintas:

1 Corintios 14:26 “¿Qué hay que hacer, pues, hermanos? Cuando os reunís, cada cual aporte salmo, enseñanza, revelación, lenguas o interpretación. Que todo se haga para edificación” (LBLA).

1 Corintios 14:26 “Entonces, ¿qué hay, hermanos? Cuando os reunáis, cada uno

tiene salmo, tiene doctrina, tiene revelación, tiene lenguas, tiene interpretación; hágase todo para edificación” (BTX).

Al leer este verso, según estas tres traducciones de la Biblia, aparentemente no se ve mucha diferencia entre una y otra. Ahora bien, al comparar los textos según el griego, nos podemos dar cuenta que la versión de Las Américas (LBLA), se atreve a “agregar” frases que no están en los manuscritos originales, y a lo cuál es más fiel la Biblia Textual (BTX).

1. “¿Qué hay, hermanos? Cuando os reunáis...”

La versión de Las Américas traduce al inicio del verso: “*¿Qué hay que hacer, pues, hermanos?*”, mientras que la BTX sólo pone: “*¿Qué hay, hermanos?*”. En realidad la frase “*que hacer, pues...*” que usa la (LBLA) no aparece en los manuscritos del griego, razón por la cual, ellos lo escriben en “*letra cursiva*”, pues, ellos agregan dicha frase con el fin de darle “más sentido” al pasaje. Los traductores no pensaron en el grave error que cometieron al agregar estas frases, porque lo único que lograron con eso fue darle más sentido a las prácticas “evangélicas”, y junto con ello, terminar de borrar los vestigios de lo que fue originalmente la vida y las reuniones de Iglesia.

Por su lado la versión de Las Américas traduce “*¿Qué hay que*

S
E
M
A
N
A
-
2
-
0
8
/
1
1
/
1
6

hacer, pues, hermanos?, cuando os reunís...”, la interpretación que obtenemos de esta traducción es que el apóstol Pablo estaba aseverando lo que hacían los hermanos de Corinto en sus reuniones. A diferencia de la LBLA, al leer este verso en la versión de la Biblia Textual, dice: “*cuando os reunáis...*”, el sentido de esta traducción es una sugerencia de lo que deberían hacer los hermanos a la hora de reunirse. La primera versión sugiere lo que debe haber en las reuniones, mientras que la otra asevera lo que sucedía en las reuniones; eso cambia totalmente el sentido de ambas traducciones.

Que nos quede claro que la versión de La Biblia de Las Américas está muy mal traducida en este verso. Para empezar, al agregar “*¿Qué hay que hacer...*” le cambiaron todo el sentido a la doctrina. La mejor traducción es como dice la Biblia Textual: “*¿Qué hay hermanos?*”. Lo que el apóstol Pablo estaba queriendo decir con la frase “*¿Qué hay hermanos?*”, es “*¿Qué hay hermanos departe de Dios cuando nos reunimos?*, en otras palabras, “*¿Qué tiene Dios preparado para esta reunión?*”, es algo que no lo sabemos, que no lo podemos planear, que

debemos dejarlo a la guianza del Espíritu. Si todas las reuniones que tenemos ya están planeadas y con un formato establecido, esas reuniones han dejado de ser orgánicas, ya no son reuniones de iglesia, sino la práctica de una liturgia. El problema de una liturgia no es si hay unción, o no, sino el hecho de que la liturgia nos priva de lo que Dios quiere manifestarnos en las reuniones.

Si nosotros queremos que el cielo se abra, que Dios ministre, que Él edifique, que Él sea el ente activo que dirija nuestras reuniones, pues, tenemos que darle lugar al “¿Qué hay...?”. Todos debemos venir a las reuniones con la expectativa de intuir “qué quiere Dios hacer” en cada reunión. No son los ancianos los que deben decidir “qué habrá en cada reunión”, ni tampoco son los músicos y los cantores los que deben decidir. Todo formato preestablecido destruye el carácter orgánico que debe tener la Iglesia. En cada reunión debe haber una expectación del mover de Dios por parte de todos los miembros, y es más, debemos estar expectantes aun de lo que Dios no quiera hacer. A nosotros nos da miedo el silencio de Dios, nos da pena y nos

incomoda la quietud del Espíritu, y cuando ya no resistimos, saltamos con un canto, con una “palabra”, con cualquier cosa que aniquile el silencio. Religiosamente aprendimos que a las reuniones se llega a hacer bulla, a hacer ruido, a cantar, a danzar, a gritar, etc. es por eso le huimos al silencio de Dios. Una de las cosas que más le agrada a Dios es hacer silencio, es mostrarse quieto. Dice *Isaías 8:17* ***“Esperaré, pues, a Jehová, el cual escondió su rostro de la casa de Jacob, y en él confiaré”***. Nuestro Dios es extraño para manifestar Su amor, pero una de las maneras que Él usa a menudo para mostrarnos que nos ama es el silencio.

Es un pecado que ya vengamos de antemano “listos” con lo que hemos de decir en las reuniones de Iglesia. No podemos manejar a nuestro antojo el “qué hay” de Dios. Una de las cosas que mata lo orgánico de las reuniones es, precisamente, esa predisposición de lo que hemos de aportar. Nadie quiere arriesgarse a la espera, al silencio divino. Si el silencio es extremo, ya muchos aprendieron a llevar un par de coros y solicitar que se canten. Otros, llevan ya un par de notas en sus

Biblias para tener “algo” que hablar y evitar ese silencio sepulcral de los hermanos. No nos damos cuenta que estamos siguiendo el camino de Uza, aquel hombre que, en uno de los desfiles realizados por David para llevar el Arca del Pacto a Jerusalén, trató de “ayudar” a que ésta no se cayera del carro en el que era transportada, y por haber hecho eso, Dios lo mató inmediatamente (2 Samuel 6). ¿Acaso no era Poderoso Dios para sostenerse Él solo? ¿Se creía más poderoso Uza que Dios?. Trasladémonos estas preguntas nosotros en este tiempo: ¿Qué si Dios no quiere hablar en una reunión?, ¿Acaso la Iglesia es nuestra? Él puede hacer con Su Iglesia lo que Él quiera, y si Él quiere callar, pues callémonos. A nosotros, ya casi se nos está haciendo costumbre que cuando no “sentimos” nada, empezamos a cantar, sin embargo, ¿qué derecho tenemos de hacer “mini conciertos” en las reuniones? El único que tiene derecho a decir lo que se debe hacer en las reuniones es Dios.

Vengamos a las reuniones alegres, diciéndole al Señor en nuestros corazones: *“Señor, acá estamos reunidos, esperando lo que Tú*

quieras hacer. Desde ya queremos decirte que hasta tus silencios son gloriosos". Votemos nuestros conceptos religiosos y esas ínfulas de querer manejar los ambientes de las reuniones. Algunos vivimos tan inmersos en los formatos evangélicos, que nos cuesta entrar al ambiente orgánico. Algunos tal vez crecieron en sistemas denominacionales donde cada domingo les daban un "Boletín Dominical", en el cual, iba impreso desde el bosquejo de lo que iba a compartir el pastor, hasta el más mínimo detalle de lo que iban a hacer en la reunión. Imagínese qué clase de liturgia la que tienen las Iglesias de hoy en día, ¿en qué momento ellos pueden vivir la doctrina del apóstol Pablo?. Tales formatos son tan inquebrantables para muchos, que nunca cambiaran el diseño ya preestablecido de sus reuniones, ni porque Dios mismo se les apareciera.

No aniquilemos el ¿Qué hay? de Dios en las reuniones por lo que nosotros queremos, o por lo que de antemano ya planeamos. No privemos a Dios de Su libertad de decidir lo que Él quiere hacer en las reuniones, dando lo nuestro. El "¿Qué hay?" le pertenece a

Dios en las reuniones, y nosotros debemos apegarnos a ese sentir del Espíritu.

Todos debemos venir a las reuniones con temor y temblor. Los hermanos que sirven de moderadores o “directores” en la reunión deben estar con mucho temor y temblor delante de Dios para poder guiar bien las reuniones según el “¿Qué hay?” de Dios. Igualmente los hermanos profetas, deben tener temor y temblor para no hablar de sí mismos; de la misma manera los músicos, los cantores, en fin, todos debemos estar expectantes de lo que Dios quiere hacer en las reuniones. Lo primero que debemos hacer en las reuniones no es hablar, sino palpar en nuestros espíritus qué quiere hacer Dios, y cuando descubramos la intención del Espíritu, allí debemos quedarnos.

Dice Hechos 17:27 *“para que busquen a Dios, por si tal vez, palpando, puedan hallarlo; aunque no está lejos de cada uno de nosotros”*. Estas palabras deben ser claves para nosotros: “Él no está lejos de cada uno de nosotros”, pero tenemos que palparlo, tenemos que discernirlo. A la hora de comenzar las reuniones, el hermano que

fungirá como moderador debe palpar, a través de unas breves palabras, la manera y la temática en la que Dios se quiere mover. Tal vez ni siquiera el moderador tenga esas breves palabras para empezar, pero puede instar a los hermanos a participar, y de repente alguien comenzará a decir algo que, junto con sus palabras, traerán al Espíritu de la realidad. ¿Qué debe hacer el moderador y todos los demás? Permanecer en la temática de lo que el hermano habló. No debemos descartar la posibilidad de estar en reuniones donde Dios no quiera decir nada, pero si el “¿Qué hay?” de Dios en determinada ocasión es el “silencio”, otorguémosle a Dios el deseo de Su corazón, y seguramente habrá bendición aun en ello.

2. “Cada uno tiene...”

S
E
M
A
N
A
-
3
-
1
5
/
1
1
/
1
6

Dice 1 Corintios 14:26 *“¿Qué hay que hacer, pues, hermanos? Cuando os reunís, cada cual aporte salmo, enseñanza, revelación, lenguas o interpretación. Que todo se haga para edificación”*. (LBLA)

Una vez más, esta versión de la Biblia de Las Américas se queda corta en cuanto a su traducción. Si leemos literalmente este verso, entendemos que la ordenanza que Dios nos da es que cada uno de nosotros tiene que aportar algo cada vez que nos reunamos. Si esa fuera la ordenanza, imagínese qué sucedería en una iglesia de quinientos miembros o más, cuántas horas se tardarían todos en participar; es ilógico, no es ese el sentido de lo que el apóstol Pablo quiso decirnos, los traductores erraron. La Biblia Textual traduce de mejor manera, pues, dice: *“Cuando os reunáis, cada uno*

tiene salmo, tiene doctrina...”. La diferencia de esta traducción es que nos dice que todos debemos “tener algo en cada reunión”, pero no necesariamente “aportarlo”.

Tal vez anteriormente entendimos que todos debíamos traer lo que Dios nos dio entre semana para compartirlo entre las reuniones, y eso es correcto; sólo que agreguemos algo más a ese pensamiento: “No es obligación compartir en todas las reuniones lo que Dios nos ha dado de manera personal”. Está bien enfatizar la responsabilidad de tener siempre algo para dar en las reuniones, sin embargo, entendamos que no es obligación que cada uno diga lo que ha recibido. Dice *1 Corintios 14: 31* “*Porque todos podéis profetizar uno por uno, para que todos aprendan y todos sean exhortados. v:32 Y los espíritus de los profetas están sujetos a los profetas*”. Estos versos nos muestran que tenemos la responsabilidad de tener algo que aportar, pero también la capacidad de refrenar la profecía según el ambiente de la reunión.

Como ya dijimos, no se trata de que cada uno obligatoriamente diga lo que recibió durante la semana, sino de estar expectantes de lo que Dios quiere hacer en la reunión. Imagínese que difícil se tornan las reuniones cuando veinte hermanos comparten lo que recibieron durante la semana, y a cada uno Dios le dio un punto diferente; serán veinte temáticas distintas, veinte pensamientos diferentes el uno del otro, y con tanta participación aislada, obviamente, las reuniones serán tediosas, cansadas, y finalmente terminarán matando lo orgánico que éstas deben tener.

Para entender mejor este punto, pensemos en el siguiente ejemplo: Imaginemos que estamos organizando un almuerzo de comunión, y para ello hemos quedado que cada quien llevará algo para el almuerzo. A un hermano se le ocurrió llevar una olla, otro pensó en llevar un cuchillo, otro llevó carne de res, otro llevó carne de cerdo, otro arroz, otro pollo, otro tortillas, otro lleva verduras, etc. cada quien llevaba utensilios o comida para aportar para el almuerzo. A la hora de estar en el lugar, ya todos juntos, decidimos que sólo vamos a hacer una clase de comida, y todos decidimos cocinar carne

de res, así que todos los hermanos que llevaron carne de res pasan al frente y aportan la carne de res. Para acompañar el plato decidimos hacer arroz y chirmol, así que pasan al frente los hermanos que tienen arroz, tomates, cebollas, sal, y los demás ingredientes que sirvan para hacer el acompañamiento del plato. ¿Qué pasará con los demás hermanos que llevaron carne de pollo, frijoles, y otras cosas diferentes? Pues, que lo guarden para una próxima ocasión porque ese día no se va a comer otra cosa que no sea carne de res, arroz y chirmol. Es de elogiar la actitud y la responsabilidad de cada hermano que fue fiel en llevar algo, pero en ese almuerzo de comunión sólo algunos podrán aportar. Más o menos esto es lo que debe sucedernos en las reuniones de Iglesia. Cada vez que nos reunamos debemos esperar y “palpar” qué quiere Dios que hagamos, qué quiere que hablemos, eso es algo que Él lo debe decidir. Ya teniendo el testimonio de lo que Dios quiere hacer entre nosotros, pues, los hermanos que “tienen” algo que aportar en base a lo que Dios quiere, que empiecen a hablar para edificar a la Iglesia.

Imagínese que en una reunión intuimos que el Señor quiere hablarnos acerca de la Gracia, pues, los que hayan recibido algo acerca de la “gracia”, que hablen. Tal vez el hermano “fulano” llegó con una tremenda revelación acerca de la “oración sacerdotal”, y está con el deseo de compartirlo. ¿Cuál debe ser la actitud correcta del hermano “fulano”? Callarse, guardar la revelación, porque en esa reunión el Señor no quiere hablar de eso, sino de la gracia. La razón por la que el hermano “fulano” debe callarse en esa reunión es porque el testimonio del Espíritu es diferente a lo que él recibió durante la semana; no es que la revelación del hermano sea falsa, sino que ese día el Señor quiere edificar a Su Iglesia con el tema de la gracia. *“¿Qué hay, hermanos?”* Esto depende del deseo divino, esperemos a que Él decida qué quiere para las reuniones, y en base a ese deseo, los que tienen “aporten”, y los demás callen y reciban.

Debemos quitarnos el miedo de aportar en las reuniones, si hemos recibido algo acorde al deseo manifestado de Dios. Pero también aprendamos a refrenarnos si lo

que tenemos no es conforme al sentir del Espíritu. Tenemos que aprender a ser sensibles en cada reunión, sino sólo estamos fingiendo ser Iglesias orgánicas-corporativas. Las reuniones de edificación deben tener un carácter orgánico. Que no nos duela prepararnos y que al final no compartamos lo que Dios nos dio, más bien, preparémonos siempre, seamos responsables “teniendo” algo de Dios, y mantengámonos expectantes en cada reunión para percibir si Dios quiere que hablemos o que callemos.

La frase “*Cada uno tiene*”, manifiesta lo que Dios espera de todos los miembros de la Iglesia, que cada uno tengamos algo que dar. Mantengámonos constantemente buscando la palabra del Señor, llenémonos de ella, retengámosla y en la medida que seamos abundados, en esa medida será más fácil “tener” algo que aportar. Si una hermana tiene llena su refrigeradora de carnes y verduras, tendrá muchas opciones para cocinar, pero si no tiene casi nada guardado, será más difícil que prepare algo de comer. Igualmente es en lo espiritual, si llenamos nuestro depósito con la palabra, tendremos más facilidad para aportar

según el deseo de Dios, pero entre menos tengamos, menos serán las oportunidades para aportar en las reuniones de edificación.

El objetivo a perseguir cuando nos reunamos como Iglesia debe ser aportar según el “qué hay de Dios” y lo que “cada uno tenemos”. Si así hacemos seremos Iglesias orgánicas.

3. “Tiene salmo...”

S
E
M
A
N
A
-
4
-
2
2
/
1
1
/
1
6

Vamos a enfatizar la frase “*tiene salmo*”. Si buscamos en cualquier diccionario, o enciclopedia qué es un salmo, podemos ver que casi nadie nos da una definición concreta de la acción que conlleva la palabra, más que lo referente a cantar. El libro de la Biblia llamado “Salmos”, en realidad fue un himnario para la nación de Israel, y en su momento todos se cantaron. Ahora bien, en nuestro tiempo, en el Nuevo Pacto, el salmo que debemos aportar en las reuniones no se refiere exclusivamente a uno de los ciento cincuenta salmos de la Biblia, ni tampoco lo definen asuntos musicales, de estilo, de letra, o de contenido. En realidad un salmo es diferente a un canto o un himno, cuando la motivación de cantarlo su denota una experiencia con Dios. El apóstol Pablo nos dice que una de las cosas que podemos aportar en las reuniones son los

“salmos”. Nosotros hemos mal entendido que un salmo es un coro, y creemos que pidiendo coros estamos salmeando. El salmo puede ser un canto, pero para que un canto se convierta en un salmo, debe llevar implícita una dosis de experiencia en Dios. El canto es sólo un medio por el cuál podemos salmear una experiencia con el Señor. No hagamos de las reuniones una “rocola” cristiana; las reuniones no son para estar pidiendo los cantos que nos gustan, más bien, procuremos edificar a la Iglesia a través de los salmos. Con todo esto queremos decir que el salmo es salmo cuando nosotros le agregamos la experiencia que hemos tenido por medio de dicho canto.

Lo orgánico de la Iglesia no es sinónimo de que cada quien puede pedirle a los músicos que los complazcan con su coro preferido, mucho menos pensemos que haciendo eso estamos salmeando. Tenemos que sacar de nuestras reuniones el gusto musical, eso es parte de la mala herencia que nos brindó la religión evangélica. Si el Espíritu no le da testimonio para hacer de un “canto”, un salmo, pues, no pida que se cante en la

Iglesia. Reduzcamos los muchos cantos a unos cuantos salmos.

Hermanos músicos y cantores, sigan cantando y ensayando, no es prohibido que toquen instrumentos y que canten para Dios. Es más, si en algún momento quieren programar una reunión en la que junten a la Iglesia sólo para cantar, lo pueden hacer. Tenemos libertad de anunciar de manera clara que tal día nos vamos a reunir con los demás hermanos para alabar al Señor. Lo que tenemos que entender es que una reunión de edificación de la Iglesia no es sinónimo de un mini concierto de “alabanzas” cristianas.

El apóstol Pablo fue enfático en este pasaje al decirnos lo siguiente: *“Si alguno supone que es profeta o espiritual, reconozca lo que os escribo, porque es mandamiento del Señor”* (1 Corintios 14:37). El apóstol Pablo estaba diciendo estas cosas en cuanto a las reuniones con una gran seriedad, las dijo a manera de mandamientos del Señor. Nosotros debemos recobrar la manera de desarrollar nuestras reuniones de Iglesia. Fue la religión evangélica la que nos enseñó a

convertir nuestras reuniones en “cantatas”, sin embargo, en la Iglesia del principio lo que se daba en las reuniones era la edificación mutua. En el Nuevo Testamento podemos ver que había más espacio para la profecía que para cantar, había más profetas que hermanos músicos y cantantes, sin embargo, tampoco los profetas predominaban en las reuniones, mucho menos los músicos y cantores.

En las reuniones de Iglesia no caben, ni los directores de alabanza, ni los predicadores. Esto no significa que no pueda haber alabanza, o palabra de edificación, más bien, lo que debemos abolir son los formatos religiosos que aprendimos que a la Iglesia se va a cantar y a escuchar un sermón. Lo que debe haber en las reuniones es conversación, no predicación; lo que debe haber son salmos, no coros al gusto de los hermanos.

Un salmo ni siquiera tiene que ser por fuerza un canto, alguien puede declamar ú orar a través de la letra de un canto y eso se convierte en un salmeo. Seguido a la participación de un hermano con un salmo, los hermanos músicos pueden cantar el

coro que salmeó el hermano, si así lo sienten del Señor, pues, tampoco eso debe convertirse en un formato a seguir.

Ya que vamos dejando las estructuras religiosas que aprendimos, también avancemos en la manera orgánica-corporativa de hacer las reuniones. Dejemos los formatos evangélicos que están matando nuestras reuniones, vayamos en pos de la Vida. No es parte medular de la Iglesia la musicalidad, eso no edifica, más bien, cambiemos la música por los salmos, pues, según el apóstol Pablo, éstos sí traen edificación al Cuerpo de Cristo.

4. “Tiene enseñanza...”

Si en las reuniones alguien tiene enseñanza, y está acorde al “*¿Qué hay?*” de Dios, dé con confianza lo que tiene, pero nadie trate de enseñar lo que no ha aprendido antes. Tengamos mucho cuidado en esto, lo espontáneo que deben ser las participaciones no es sinónimo de “dar lo que ni siquiera hemos estudiado”. Nadie pretenda dar una enseñanza acerca de un

verso que medio leyó en la reunión, eso es ser pretenciosos y haraganes. La enseñanza debe estar precedida del estudio de La Escritura.

Cuando se da una “enseñanza” en una reunión de capacitación, el profeta que va a compartir tiene que prepararse para ello por medio del estudio de La Escritura. Por otro lado, cuando alguien quiera dar una “enseñanza” en una reunión de edificación, el que sienta compartir tiene que estar consciente que tiene la preparación para hablar al respecto, y que es acorde al “¿Qué hay?” de Dios. Hermanos profetas, no necesariamente deben enseñar en las reuniones lo que han estudiado, sino deben sujetarse al deseo de Dios; pero jamás traten de enseñar lo que no han estudiado previamente.

5. “Tiene revelación...”

La revelación es hablar con claridad y frescura lo que el Señor nos da en el momento. No confundamos revelación con “ocurrencia”; la revelación es quitar el velo a algo que estaba encubierto. Tal vez hemos creído que una revelación es la

experiencia cuando un ángel baja del cielo y nos dice audiblemente el significado de un pasaje de la Biblia; si eso hemos creído, hemos mal entendido el concepto. La revelación tampoco es que por arte de magia aparezca lo que no existe. El significado de “revelación” en el griego es como cuando los gobiernos van a dar la inauguración a un monumento, o a la esfinge de un personaje famoso; ellos “revelan” la escultura cuando le quitan el lienzo con que había estado cubierta todo el tiempo de su construcción. Esto quiere decir que nadie puede aportar una revelación en una reunión de edificación, si previamente no se ha preparado.

Los que pueden aportar revelación en las reuniones de edificación son aquellos hermanos que siempre se mantienen en una constante preparación, tanto en la Presencia del Señor como en La Escritura, y como resultado de ello, van guardando en sus corazones las cosas que Dios les da. Si de repente en una reunión, conforme al mover del Espíritu, el Señor les recuerda alguna de esas verdades de una manera fresca y clara, eso se convierte en una “revelación”.

No confundamos revelación con algo novedoso, o jamás escuchado. La revelación es la capacidad de hablar con frescura, claridad y Vida lo que Dios ya nos había dado previamente.

6. “Tiene lenguas o interpretación”

Esto nos muestra que también debe haber tiempo para los dones o “carismas” espirituales, si el Señor así lo quiere. No es prohibido en las reuniones hablar en lenguas (toda vez y cuando haya alguien que interprete), o que alguien de una palabra de discernimiento, o un milagro, o una sanidad, etc. si Dios así lo quiere. Las reuniones de edificación se pueden prestar para que se ejerciten los dones.

Conclusión:

Dice 1 Corintios 14:31 *“Porque todos podéis profetizar uno por uno, para que todos aprendan y todos sean exhortados”.*
(BTX)

Todos podemos profetizar en las reuniones de Iglesia, en otras palabras, nuestras reuniones deben ser todo-inclusivas. Nadie está obligado a profetizar si no “tiene” algo que dar en cuanto al sentir del Espíritu, pero tampoco nadie está excluido de poder profetizar, todos podemos hacerlo.

Hermanos, no restrinjamnos al Espíritu Santo en nuestras reuniones de Iglesia, no lo condicionemos a nuestros formatos, más bien, dejemos que Él decida lo que debemos hacer cada vez que nos reunamos.